

CARA POR IGNACIO AGUSTI * Y CRUZ

sobre la seguridad

HAY un curioso dualismo en la política espacial de las dos fuerzas en pugna. Por un lado, la conciencia de las grandes dimensiones ha ensanchado el espíritu y la aventura del hombre. Periódicamente son lanzados los cohetes al espacio exterior y alguno de ellos se ha posado ya en la Luna, que por ello ha dejado de ser aquel faro inspirador de los románticos. No está lejano el día en que un artilugio de esos deposite en nuestro satélite elementos humanos, compañeros nuestros, gentes de nuestra condición, que a su regreso nos puedan certificar lo que ahora sólo entrevemos a través de unas fotografías. Pero, por otro lado, parece que la noción del volumen que tiene nuestra tierra se empequeñezca en la consideración de los responsables de la política. Tal es la sensación que dan los planteamientos de la llamada "estrategia de precaución" o preventiva. Resulta que, al tiempo en que se tiene una visión general del papel del hombre en el cosmos, en este momento preciso de la historia este mismo hombre ronda por los aires, prácticamente a ras de suelo, cargado con bombas de hidrógeno, se dedica a ejercicios tácticos que, por su peligrosidad, ponen en peligro vidas y haciendas, y ello sin que razón alguna aparente justifique la necesidad de tales malabarismos.

No quisiéramos enmendar la plana a los responsables de los ejercicios tácticos de uno y otro bando de las fuerzas que están en fría pugna en el momento actual. Seguramente los dirigentes de los servicios de defensa de los Estados Unidos tendrán razones que nosotros desconocemos para actuar de este modo. Pero lo cierto es que la evidencia de que circulan sobre nuestro techo grandes bombarderos cargados con bombas nucleares, nos causa una cierta alarma.

Ya sabemos, y es cierto, que no puede pasar nada. Los dispositivos de seguridad son totales. Estas bombas están separadas de tal modo por piezas que, aisladamente, ninguno de los elementos que las formas dará lugar, ni por asomo, a una catástrofe, ni aun siquiera a un leve desperfecto de la geografía sobre la que circulan. Tampoco entraña peligro la radiactividad que se pudiera derivar de la carga de plutonio o de uranio escondida en alguno de los intestinos de metal que forman algunas de estas piezas. Un mundo de computadores automáticos y las conclusiones de la cibernética nos persuaden constantemente de nuestra total seguridad. Podemos dormir tranquilos en este aspecto, y de hecho es esto lo que hacemos todas las noches. No hay posibilidad de contaminación y mucho menos posibilidad de explosión. La prueba a que se han sometido nuestro ministro de Información y el embajador de los Estados Unidos, sambulléndose, pese al repulso del airecillo de marzo, a un baño en agua de Palomares, vale para nosotros mucho más que las seguridades electrónicas de una máquina de calcular. Es posible que el incidente de la cuarta bomba sea aprovechado para un intento de desviar una parte de la corriente turística que viene a España hacia aguas de otros litorales, aunque en caso de contaminación no se escaparían de ella ni en Corfú ni en la Sicilia. De modo que no es éste el motivo de nuestras disquisiciones. Si el hecho nos causa una cierta alarma es por el hecho mismo. Porque, ¿es verdaderamente necesario dedicarse deportivamente a circular por los aires, tan limpidos y transparentes en apariencia, con semejantes espectros de la destrucción?

Es delicado abordar un tema de esta enjundia sin los elementos de juicio necesarios; y tal es nuestro caso. Pero no entra en

nuestro ánimo herir la susceptibilidad de nadie, y mucho menos de gente valerosa, y significada por sus servicios a lo que llamamos la civilización occidental. Este es, sencillamente, el comentario de un hombre de la calle, sin pretensión alguna polémica o didáctica. Si en este caso nos situamos a algún nivel, lo haremos al de aquellos pescadores de Palomares que han contribuido, y con bastante eficacia, en aguas de la zona a la pesquisa efectuada, con sus modestas embarcaciones y entre los grandes acorazados. Así, si podemos contribuir, bogando a remo, al esclarecimiento de los hechos, podremos sacudir un poco nuestra conciencia.

No. Sin duda no es perentorio ensayar la guerra nuclear sin guerra, ni empañar los aires con el tráfago de las horripilantes armas que hoy existen, aunque sean llevadas a piezas. Son muchos los problemas del mundo y no está excluida la posibilidad de que, desafortunadamente, en un momento determinado suene un timbrado decisivo que obligue a lo que antiguamente se llamaba empuñar las armas. Pero estas armas que ya no son para empuñar, esos terribles productos de la ingeniería y de física nuclear no son como un machete que haya que calar en el momento del ataque a la bayoneta. El temperamento de los soldados antiguos estaba en la proporción de las armas antiguas. El temperamento de los soldados de hoy debiera ser el adecuado a las armas de hoy.

En realidad, la contaminación del aire no consistirá en que las bombas llevadas a piezas desprendan algún elemento radiactivo, sino en el hecho mismo de que puedan ser llevadas a bordo, en ejercicios puramente simbólicos. La sensación de inquietud que sentimos, no es por el hecho de que nos pueda contagiar algún deletéreo producto desintegrante, sino porque hasta ahora no habíamos apercibido la realidad de un clima bélico, de una realidad moral amenazante por encima de nuestras cabezas. Leíamos con disgusto, pero con indiferencia, las noticias que nos llegaban del Extremo Oriente; pero aquello era una guerra de guerrilleros, situada en las afueras, que afectaba a otros hombres y que nos dejaba a nosotros campar en este lugar del mapa sin demasiada incomodidad. Pero ahora se ha hecho la evidencia de que la guerra está en potencia latiendo sobre nuestras cabezas y que, en realidad, el mundo se ha vuelto tan pequeño para los explosivos que contiene, que nadie está exento de desaparecer, si así conviene, aunque el estallido se produzca en el otro lado del globito que ocupamos.

La contaminación está en el hecho mismo de que esto sea así. Los ejercicios tácticos, la puesta a punto deportiva de generaciones de soldados, la oportunidad de conocer los manejos del arma nuclear y los millares de hombres que vuelan todos los días con estos artefactos, aunque conserven en su vuelo todas las seguridades de su enigma, son la fatal contaminación que nos puede llevar a la muerte; pero a una muerte lenta, a una muerte espiritual, a una defeción del entusiasmo, a una incredulidad total en nuestras virtudes de hombre, a una total sequía interior. Cada uno de nosotros empieza ya a estar contaminado, aunque prolonguemos nuestra vida por los adelantos de la medicina y de la terapéutica más allá de los cien años.

Las armas que manejamos son superiores a nosotros, los hombres, que somos quienes las hemos descubierto. Pero estamos todavía bajo los efectos de la sorpresa que ellas nos producen e inseguros de su manipulación. Lo que nos parece que tendríamos que aprender es, más que a saber manejarlas, a saber guardarlas. Habría que llevar a cabo una enorme labor de ascetismo en los conceptos de la prevención y de la seguridad. Porque a lo mejor la mejor seguridad del hombre y de las sociedades consista en no aspirar a una seguridad absoluta, a cambio de tantos riesgos.